

CRÓNICA VIII JORNADAS IPR

Resonancia, pertenencia y claridad

Miriam Velazquez Bay

IPR, Madrid, España

Siempre he pensado que hay algo en la elección de nuestra profesión como psicoterapeutas que rara vez es del todo azaroso. En mi caso, el encuentro con la salud mental ocurrió demasiado pronto. Desde muy joven, me encontré intentando comprender aquello que desbordaba las emociones humanas, eso que no tenía nombre, aquello que rompía los vínculos y dejaba a su paso una sensación de extrañeza difícil de metabolizar, a la vez fascinante y desestructurante.

A partir de ahí, la búsqueda se volvió constante. Con el tiempo he dicho —a veces en broma— que no sé *hacer* otra cosa que *ser* psicoanalista. Pero más que una elección vocacional en sentido clásico, siempre la he sentido como una forma de estar en el mundo. Acaso con una incesante insistencia en tratar de comprender el sufrimiento psíquico, de encontrarle un lugar, una forma, una posibilidad de ser pensado y de cierta manera “traducido”, con subtítulos metafóricos.

Esa búsqueda me ha llevado a estudiar múltiples aristas del aparato teórico psicoanalítico siempre con la intención de “bajar a tierra” eso tan abstracto y ponerlo al servicio de otros seres humanos de la manera más sencilla posible. Porque entre el conocimiento teórico y la vivencia, hay una migración que, si es difícil de sedimentar, todavía es mucho más de transmitir. Esta misma resolución me llevó a atravesar experiencias de profundo desencuentro con la propia institución psicoanalítica. Es decir, hay algo de la teoría pura que no cura si no está encarnada en la experiencia.

Fue desde esa intemperie que llegué al psicoanálisis relacional. Más allá de encontrarme con una nueva escuela, mi necesidad era encontrar una ética distinta, más cercana a lo que Orange denomina “responsabilidad clínica radical”, donde el otro deja de ser un objeto de saber y pasa a ser un interlocutor cuya experiencia nos implica.

Entendí que seguir en esta profesión depende menos de sostener una imagen idealizada del analista o un cuerpo teórico incuestionable dentro del psicoanálisis, y más de poder atravesar las inevitables desilusiones que forman parte del camino, como señala Buechler, que quizá se trata de ejercer con la desilusión, y no a pesar de ella.

En este contexto, lo que se hizo visible para mí en estas jornadas fue algo mucho más valioso que la presentación de una clínica sin fisuras: la de terapeutas que continúan comprometidos con la tarea a pesar de esas fisuras. Me encontré con un espacio que sumó la transmisión de conocimiento a una experiencia profundamente encarnada de lo que significa ser terapeuta, en la aparición y el despliegue de su subjetividad.

Terapeutas de distintas edades, trayectorias y lugares institucionales que, lejos de sostener una posición de experto incuestionable, se permitían mostrarse en su vulnerabilidad y nombrar tanto las heridas propias como las heridas del mundo ya desde el título que nos convocó.

No se trataba solo de lo que decían, de cómo lo exponían o las palabras que utilizaban para narrarlo, sino de cómo estaban: alguien que reconocía que necesitaba ponerse de pie para regularse, otro que elegía leer para sostenerse, quien se detenía, muchos que se emocionaban, que nos emocionaban o que se equivocaban y podían decirlo y retomar su exposición.

Había en esa escena algo que remitía, inevitablemente, a lo que Winnicott pensaba como condición de posibilidad del juego: un espacio suficientemente seguro como para no tener que defenderse de uno mismo. Y, al mismo tiempo, algo muy cercano a lo que Bromberg describe como la capacidad de "estar en varios estados del self sin disociarse de la experiencia".

Lo que se hacía visible era una forma de habitar la propia experiencia de ser terapeutas en presencia de otros y en ese ejercicio la prioridad era la de compartir lo vivido y encontrarse en la experiencia.

Esto contrastaba de manera muy clara con otros espacios donde el despliegue teórico puede funcionar en ocasiones como defensa frente a la exposición subjetiva. Aquí, en cambio, las preguntas no buscaban lucirse, buscaban comprender; no eran demostraciones de saber, eran intentos honestos de pensar la clínica tal como se presenta en la práctica cotidiana. Y me hacía de nuevo recordar a Sandra Buechler cuando en *Valores de la Clínica* describe como

Fromm, la encuadra en recordar que no está realizando un ejercicio intelectual, está luchando a favor de la vida.

Durante la jornada hubo muchos momentos emotivos que se sentían tanto en el cuerpo real como en el *cuerpo teórico*, pero ocurrió un momento especialmente significativo cuando un terapeuta joven compartió el impacto que había tenido en él la reciente DANA vivida en España, y al compartir su experiencia, el efecto que produjo en el grupo fue el de una emoción compartida que atravesó a ponentes y asistentes por igual. En ese instante, la frontera entre quien expone y quien escucha se diluyó, dando lugar a algo que difícilmente puede ser capturado en categorías tradicionales de transmisión del conocimiento.

La experiencia, por momentos, se parecía más a la de un concierto de una banda que tienes años siguiendo o a la de una manifestación con una causa que te interpela, esa sensación de estar entre otros que comparten algo esencial aun siendo desconocidos, un lugar propio desde donde sale el mismo grito compartido. No hacía falta conocernos del todo para reconocer una forma común de compromiso, atravesados con y por el sufrimiento humano y en la tarea —siempre incompleta— de intentar comprenderlo.

Simultáneamente a experimentar esta sensación de *coro*, pensaba en algo que atraviesa silenciosamente nuestra formación como analistas: el lugar de pertenencia, ese que posiblemente sea uno de los tantos motivos por los que, azarosamente, llegamos a convertirnos en psicoterapeutas. Y que en cierto modo el proceso analítico implica una renuncia, tampoco del todo resuelta, de las formas de pertenencia originarias, aquellas que organizan la repetición y de las que, en parte, buscamos emanciparnos. Esa conquista de cierta libertad subjetiva, tan central en la tradición psicoanalítica, desplaza la necesidad de pertenecer en lugar de eliminarla.

La pertenencia no desaparece, se transforma, se actualiza y busca nuevos lugares donde alojarse. Y es ahí donde los grupos, las instituciones, las escuelas se vuelven escenarios privilegiados, no solo de pensamiento, sino también de repetición. Quizás por eso resulta tan relevante poder construir espacios donde la pertenencia se sostenga en la posibilidad de ser con otros sin tener que renunciar a la propia subjetividad, y en donde desplegar esa experiencia sea posible en un espacio lúdico, seguro y compartido, como pueden ser unas jornadas.

Me llevo mucho aprendizaje teórico y técnico, y también dos confirmaciones éticas: que el ejercicio de esta profesión solo es sostenible en relación y se sostiene más en la

posibilidad de construir espacios donde la vulnerabilidad se constituye como condición de posibilidad para el encuentro, es decir, que la teoría se encarne en la experiencia, más allá de la idealización o la autosuficiencia.

Quizás, como sugiere Orange, no se trate tanto de saber más, sino de poder estar de otro modo con el otro. Y, en ese sentido, estos encuentros nos ofrecen algo poco frecuente. Nos ofrecen un lugar para aprender a trabajar con pacientes desde la experiencia de otros terapeutas, simultáneamente a un espacio donde recordar —y experimentar— que quienes trabajamos con el sufrimiento también necesitamos ser sostenidos en nuestra propia humanidad.

En un tiempo marcado por la saturación, la desconexión y ciertas formas de olvido de lo humano, estos encuentros, son ejemplos del ejercicio de memoria sobre lo que implica estar con otro, de lo que cuesta sostener ese lugar y de lo que se vuelve posible cuando no lo hacemos en soledad.

Tal vez ahí resida hoy una de las tareas más urgentes de nuestra práctica, la de acompañar el sufrimiento y aprender a preservar las condiciones que hacen posible un encuentro verdaderamente humano.

Comparto estas reflexiones tan personales así, honestamente, desde la esperanza en lo que está por venir y desde la apertura a una forma de pertenencia que se va revelando, poco a poco, más habitable y más humana, con un profundo agradecimiento hacia quien es sostienen y hacen posible esos espacios, y con el deseo de formar parte de ellos.

Cita bibliográfica / Reference citation:

Velázquez Bay, M. (2026). Resonancia, pertenencia y claridad. *Clínica e Investigación Relacional*, 19 (1): 399-402. [ISSN 1988-2939] [Recuperado de www.ceir.info] DOI: 10.21110/19882939.2026.200130